

Boletín Noticiario del Ateneo Obrero Cultural

GRANOLLERS : CALLE DE TARAFÀ, 55

ART. 1.º Siendo exclusiva y esencialmente cultural la finalidad del Ateneo, no pueden, la Junta Directiva ni los socios, realizar en nombre y representación del mismo, actos públicos de significación política ni religiosa; no obstante, dentro del mismo podrá discutirse y estudiarse toda tendencia, escuela o doctrina.

(De nuestros Estatutos)

Las verdades absolutas en la vida de los hombres

Hay, en la naturaleza humana, una inclinación a pensar que lo que uno opina es lo mejor de lo opinado. Débese ello, en primer lugar, al hecho de haber convertido una opinión en un poder que la impone, y, en segundo término, a la mala educación que en la escuela y en la sociedad recibimos. Se llena nuestra mente de verdades, y según sea la educación que se nos da (pastosidad de lo que algunos, cometiendo un error, llaman alma y que no es más que pastosidad material, porque lo mismo ocurre con los otros órganos sometidos a educación), así son de un color o de otro las opiniones que formamos de las cosas que hieren nuestros sentidos.

En la vida social ocurre lo mismo. Antes había una verdad para cada casta de todos los países; hoy la hay para cada clase, porque cada clase recibe una educación distinta, lo mismo del profesor que de la vida, maestra de profesores; verdad que está en relación, en la mayoría de los casos, con la categoría económica o política que desempeñamos.

Hasta tal punto es cierto lo dicho, aunque no unánime, que gente que antes tenía por dogma político la revolución, al cambiar de fortuna, por azar de ella, o por un esfuerzo de agotamiento individual, han cambiado de partido.

Lo mismo puede decirse de personas que, al dejar de ser ricas, como consecuencia de la deshumanización de las relaciones sociales o de una degeneración física o moral de la familia a que han pertenecido, dejaron de ser conservadores.

Lo cual demuestra que en la formación de no pocas opiniones entra por mucho el factor económico, y, por tanto, nuestros cambios de opinión no pueden ser producidos por el espíritu ni por cuanto sea imposible herirle por un elemento físico.

De esta influencia que ejerce el medio económico en las conciencias, se deriva el materialismo de ciertas doctrinas económicas muy en boga hoy en Rusia, que estiman que las necesidades materiales son el primer factor del progreso histórico.

Convendrá advertir, para evitar falsas interpretaciones, que los idealistas, sin desdeñar el factor económico, no le damos el rango de primera categoría.

Para los idealistas, el medio económico es un caso de bienestar o de malestar, pero no una situación primordial de la vida, ni la finalidad de ella.

Un hombre hambriento no piensa mejor que un hombre harto. Puede, sí, pensar mejor cuando dentro del hambriento hay una idealidad. Se demuestra que es la idealidad el primer elemento revolucionario.

Desde el instante que hay hombres, pocos o muchos, que por sus opiniones, sean cuales fueren, dan su vida o su fortuna, el factor económico que altera nuestras ideas ha pasado a segundo término.

No importa que contrariamente a lo expuesto haya individuos que, por mejor de posición, prescindan de sus pensamientos y hasta renieguen de las ideas que un día tuvieron. Si hubiera tantos de los unos como de los otros, no demostrarían otra cosa que la lucha entre la mente y el cuer-

po humano aplicado a la lucha entre el cuerpo y la mente sociales.

De la primera condición fueron cuantos creen que el factor económico es el único motor de la historia. Si el hombre se moviera sólo para vivir mejor económicamente, como en opinión de algunos, demuestra la ruta humana sobre la tierra, si así fuere, ofreciéndole un ideal que satisficiera todas sus necesidades materiales (comunismo de Estado, por ejemplo); a nada más aspiraría. Si ello fuese una verdad positiva, y no digo científica porque nosotros, tan sabios, que hasta hemos podido armonizar la idea de la Creación con las verdades científicas, ningún hombre rico por su casa se hubiera metido en libros de caballería socialista ¡Y nos hemos metido tantos!

Hasta cuando sobre el planeta nuestro no había más que tribus errantes que andaban buscando los valles más frondosos y productivos, para ir en busca de otros, agotados los conocidos, como hacen hoy los pastores cuando con sus rebaños, van recorriendo las tierras de más pasto; hasta cuando las tribus errantes recorrían Europa, ya se presentaron embriones de la protesta y del idealismo, que quería, contra el valle exuberante, la cúspide de las montañas, porque desde ellas se divisaban más amplios horizontes y la imaginación podía volar hacia lo desconocido.

* * *

Los dogmas, todos los dogmas, aun los que se cubren con el bello manto de verdades científicas, son una consecuencia del hábito que tenemos de imponer nuestras opiniones en la medida que nos es dable, según nuestra fuerza y la posición social que ocupamos. Si somos gobierno, impondremos nuestra verdad al país; si somos terratenientes, la impondremos a nuestros colonos; si somos patronos, impondremos nuestra verdad a los obreros que de nosotros dependan; si somos jefes, la impondremos al partido o a la dependencia; si somos cabeza de familia, impondremos nuestro criterio a los familiares, y si somos trabajadores, la impondremos desde el comité o a puñetazos entre los conocidos que disientan de nuestras opiniones.

Tal la consecuencia del dogma y de suponer que en el mundo hay verdades absolutas, cuando ni la existencia nuestra lo es.

Lo que se está formando, no puede presentarse como una obra acabada, y una obra sin acabar no puede ser absoluta.

El hombre jamás será absoluto, ni como unidad genérica, ni como individuo; y no pudiéndolo ser, nunca verá lo absoluto en otra existencia

Si hoy no somos como éramos ayer, ni como seremos mañana, ¿por qué hemos de alimentar esta engañosa ilusión de las verdades absolutas que nos hacen intolerantes y despóticos?

La vida es más grande, más compleja y más hermosa que esas verdades acabadas que se nos quiere suministrar para bien vivir y para bien morir.

Admitimos infinitas verdades relativas, en medio de las cuales la concebida por nosotros será la mejor, no por serlo precisamente, sino porque cuadrará mejor en nuestro temperamento y en nuestras necesidades morales, mentales y físicas. Pero esta verdad relativa, que cuaja perfectamente